

SOBRE UN NUEVO LIBRO DE POESIA ANDALUZA

La aparición de "La calle de la Luna" (1), libro que obtuvo el accésit al último premio de la poesía "Ciudad de Sevilla", replantea cuestiones importantes y, al parecer, permanentes, acerca de si el fenómeno de localización de la poesía en determinados módulos de tipo regionalista, e incluso nacionalista, viene en sumo demérito de la propia poesía. Sin lugar a dudas, la adscripción de un poeta a formalismos y conceptos poéticos no correspondientes a los de nuestros días, disminuye, por fuerza, el interés y la vigencia de su obra, comportando además graves riesgos de impureza cuyo sorteo es posible, pero difícil. Sin embargo, y por otra parte, una seria y ponderada actitud crítica tampoco puede recusar "in extremis" la cultivación de unas maneras poéticas que, limitadas o no, suelen poseer hermosura y gracia, y que se muestran llenas de valiosas reminiscencias nobles. Si, sobre todo, es un libro de mocedad aquel en que el poeta acciona los resortes líricos de los que ya escapó, pero a los que todavía ama, cualquier consideración crítica realmente solvente deberá emplearse en la estricta tarea de dilucidar aciertos y defectos de algo sobre cuya aceptación genérica no pueden ya haber reparos. Bueno será recordar al respecto que ya en plena fuerza de la poesía contemporánea, cuya importancia y valores terminaron absorbiéndolos, los mejores poetas de la generación española de 1925, y con especial dedicación y brillantez Rafael Alberti, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Manuel Altolaguirre, Fernando Villalón, el primer Luis Cernuda, escribieron ejemplar poesía procedente de tipo clásico tradicional-literario, y de las variantes populares andaluzas y castellanas, entroncando a las mismas una importante parte de su obra y no siendo ahora necesario recabar los ejemplos de que sus libros están llenos. También es una constante aparte e indispensable, de la que sólo conozco un par de excepciones que la confirmen, la de que todo poeta andaluz de verdadero temperamento necesita, antes o después, dar salida a ciertas fuerzas y vivencias de ingenio, luz y gracia, que le llegan de la sangre y la tierra mismas, y que hoy, con toda su seducción y su valor, aparecen asimismo llenas de negación y peligros, produciendo males irreparables en una obra de no hallar concreto y neto reflejo en una época o libro, cuyo interés, además, resulta siempre tan parcial como claro. Así, en "La calle de la Luna", Aquilino Duque parece haber volcado todo un caudal juvenil de poesía andaluza —con cuanto de bueno y de limitado comporta el calificativo—, y en su libro no de-

(1) AQUILINO DUQUE: *La calle de la Luna*. Ediciones del Excmo. Ayuntamiento. Sevilla, 1958.

jan de aparecer abundantes y exentos indicios de cuál será la nueva actitud protagonista de su quehacer poético, allegado últimamente a modos e ideologías más ambiciosos y sólidos. En "La calle de la Luna", y junto a las eternas flaquezas que somete a la mayoría de los poetas de Sevilla su propio ingenio evanescente, existen aliento cualitativo, levedad deliciosa y fina y capacidad de emoción y sugerencia anudadas a lo tradicional y lo popular, con aciertos tan felices como éste, incluido en el "Homenaje a Fernando Villalón":

*Tierra llana de Morón.
Mañana de cetrería.
Traía el Conde de Halcón
todita su halconería.
Cobró un palomo ladrón.*

Surgen las parentelas folklóricas de entero corte, con todo su arrastre musical y aun "jondo", más el insoslayable recuerdo de don Manuel Machado:

*Cruce de la carretera.
Desde la Venta de Vargas,
Chiclana de la Frontera.*

*Entre tu casa y la mía
median la vida y la muerte,
median la noche y el día.*

Y el gallardo arrastre del romance tradicional, tan caro también a la gente del 25:

*Alcalá de los Gazules
debe tener todavía
cuarenta jinetes moros
guardándola noche y día.*

Efectivamente, en estos romances, canciones, décimas, sonetos, retratos de "La calle de la Luna", en los bellos alejandrinos blancos, cuajados de calor, talento y capacidad sugeridora, acertados en mayoría, recobran lustre y empaste los caracteres de todo un mundo poético, de cuyas menudas delicias, sin embargo, aconsejamos a Aquilino Duque, acaso cuando ya es vano hacerlo, alejarse. Ciertamente que no tenemos a esta poesía por "retórica", sino por verdadera, ni tampoco por vana y brillantita, sino por bien firme y sentada, pero de lo que no es a lo que puede ser median en poesía pocos pasos, enormes, pero también posibles y fatales. De todos modos, no seremos nosotros quienes censuremos la aparición de un libro inicial tan lleno de buen saber como éste.—FERNANDO QUIÑONES.